

Moral y ética

PEDRO TRIGO, S.J

El bárbaro atentado contra las Torres Gemelas y el Pentágono ha destapado bastantes cosas que estaban latentes y que exigen un cuidadoso discernimiento y una toma de posición decidida. Me voy a referir a una que, además de tema en sí, es una dimensión presente en las demás. Es el tema de los comportamientos, de la posición fundamental ante la vida, de las pautas para orientarse ante los acontecimientos, del horizonte en el que adquieren sentido y valoración.

Buenas costumbres

Creo que en la práctica solemos acudir a dos fuentes para orientarnos y decidir. La primera la llamo convencionalmente moral por su significado etimológico de costumbre. Moral sería así costumbre sancionada como positiva por una colectividad. Una persona moral es alguien de buenas costumbres.

No todas las colectividades coinciden en lo que entienden por buenas costumbres. En ese sentido, se habla de relativismo moral porque ni sincrónica, ni diacrónicamente, encontramos consenso. Aunque, si no hay unanimidad, menos podemos hablar de pluralismo incompañable. Hay algunos principios básicos que obtienen un consenso generalizado y bastantes divergencias obedecen a maneras equivalentes de enfrentar circunstancias diversas. Aunque también es verdad que unas sociedades tienen sensibilidad agudizada hacia unas esferas de realidad, en tanto pareciera que no dan relieve a otras. Incluso podemos hablar de ceguera generalizada frente a hechos estructurales que podemos considerar muy gruesos. Por ejemplo, en una determinada sociedad una persona de muy buenas costumbres puede tener esclavos y tratarlos como tales o puede considerar como no personas a gentes que para ella son de razas inferiores.

Así pues la moral, tal como la venimos considerando, es una construcción social. Se va creando por quienes representan la honorabilidad social, que tendencialmente coinciden con los que rigen la sociedad desde las distintas esferas de poder. Esa construcción social no es arbitraria sino que tiene que ver con el modo de habérselas con la realidad que va hallando esa colectividad. En diverso grado a través de él persigue como objetivos la estabilidad vital, tanto del conglomerado humano, como de cada individuo, la seguridad, el reconocimiento, el mantenimiento de la correlación social en las relaciones cotidianas, en la actividad económica y en el manejo del poder, así como la acumulación de riquezas, el disfrute, el perfeccionamiento personal, la ayuda mutua, la innovación...

En la historia que conocemos, el proceso ha ido en la dirección de la complejificación: la creación de sujetos individuales cada vez más densos, más capaces de autodeterminarse y más autónomos, y la creación correlativa de lazos cada vez más tupidos, de redes tendencialmente autosubsistentes. Hay aquí entrañada una tensión muy fuerte que puede resolverse por el dominio de un vector sobre el otro, que queda casi anulado o secuestrada su autonomía y puesta su consistencia en función del que lo domina; o que puede vivirse superadoramente como mutua potenciación.

Es bueno tener buenas costumbres

Un aspecto de las sociedades más desarrolladas es que han logrado difundir un conjunto de buenas costumbres que contribuye grandemente a que cada individuo pueda desarrollarse de un modo expedito y a que se logre un clima de respeto, al menos negativo, y de bienestar. Hay que valorar grandemente este avance en moralidad. La impresión que se tiene

es que la gente sabe cómo comportarse y se atiene a ello. Como cada quien funciona como se espera que funcione, las cosas marchan de un modo expedito, como por un acuerdo tácito. Así el contacto social resulta previsible y causa satisfacción comprobar cómo las cosas funcionan como deben. Esto se expresa en el tráfico, en la manera de caminar por la calle, en el cuidado de no ensuciar nada, de no molestar al otro, de no interferir en los demás, de cumplir los contratos, de pagar los impuestos, de responsabilizarse del trabajo asignado, de reclamar sus derechos por los cauces pautados, de seguir el desempeño del Estado y del gobierno velando por que sirvan a sus legítimos intereses individuales y grupales...

Esta manera de ser ante los demás y con los demás, que incluye una fuerte dosis de voluntariedad libre y que está resguardada también por el peso de la ley en caso de infracción, debe ser considerada muy positivamente, y en sí es una meta para las sociedades del tercer mundo que no hemos llegado a alcanzar colectivamente estas buenas costumbres, tan convenientes para la convivencia civilizada. La falta de respeto que encierra el pasar ensuciando todo o manejando como si sólo uno tuviera derechos, el prometer y no cumplir, empezando por el Estado, siguiendo por el gobierno y continuando por las empresas y por los empleados y clientes, la impunidad absoluta cuando se quebranta la ley, la inexistencia de seguridad social y jurídica, son problemas gravísimos, que íbamos en camino de resolver conforme avanzaba el siglo XX, pero que en el último cuarto de siglo se agravaron hasta el estado crítico en que hoy nos encontramos. Desde nuestra postración social ¿cómo no valorar la civilidad del primer mundo, que, insisto, nosotros íbamos en camino de conseguir y de la que ahora estamos tan lejos?

Ética: respeto positivo al otro

Pero ésta no es la única fuente de nuestros comportamientos. Además de la moral, en el sentido que le hemos dado de buenas costumbres, existe la ética. Llamo ética a una actitud trascendente a las costumbres, aunque está llamada a convertirse en fuente de buenas costumbres. La ética, en este sentido trascendente que le damos, tiene tres elementos básicos. El primero, es el respeto positivo al otro, entendiendo por tal el que no pertenece al conjunto desde el que estoy juzgando sino a otro tenido por inferior. Por ejemplo, en nuestro país el problema ético del reconocimiento al emigrante no se refiere a un alemán o escandinavo y ni siquiera a un italiano o español, sino a un colombiano, dominicano, ecuatoriano, guyanés o haitiano.

Respeto es ante todo no discriminación. Ésta se da ya en el modo de estar ante esa persona, de mirarla o no mirarla y de dirigirse a ella; se refleja en las condiciones laborales y de vivienda, en la invisibilidad a que tiene que someterse ese nosotros a quien no damos ese derecho a la existencia social. Pero el respeto positivo entraña además el reconocimiento de que él, que es distinto (en el sentido de perteneciente a conjuntos que no son los nuestros), es de igual dignidad que yo, y por tanto, lo tengo que respetar como me respeto a mí, en su condición de ser distinto que yo. Esto significa que no lo respeto a pesar de ser negro, para poner un ejemplo, sino en su condición de persona de raza y cultura negra.

Reconocerlo exige como paso previo conocerlo, es decir, que exista para mí como ese ser humano con su condición cultural concreta, y en segundo lugar, significa hacerle saber en la práctica que para mí es valioso, que su diferencia enriquece mi vida y a la

colectividad de la que ambos formamos parte. El culmen del reconocimiento es desear ser reconocido por él; ésa es la mayor prueba de que para mí es realmente valioso.

Ya hemos anotado que entre nosotros hay mucha falta de reconocimiento del otro. El caso más sintomático es el de la policía y la guardia nacional que para, pide documentos y requisa casi exclusivamente a los que tienen rasgos negros o aindiados, o el funcionario que trata bien al que tiene cara de doctor y despóticamente a los demás. Por eso el que va a buscar trabajo oculta que vive en un barrio y nombra la avenida adyacente. Y sin embargo, a pesar de que todo eso es cierto, se dan muchos vasos comunicantes, muchos modos de reconocimiento. El más patente es el nuevo mestizaje que se viene dando desde hace cuarenta años, que está cambiando el mapa humano del país, y el consiguiente surgimiento de la cultura suburbana. Hay que decir que, aunque en estos últimos años la escasez económica y de fuentes de trabajo y la ideologización del presente régimen político ha subido el tono de la pugnacidad social y la hostilización de modo que somos una nación dividida, a pesar de eso y contradiciéndolo, se sigue dando el reconocimiento, de tal manera que, en este sentido, podemos afirmar que, aunque debemos avanzar mucho, no carecemos de ética.

Respecto de los países desarrollados podemos asentar de modo general que cuando las buenas costumbres se practican no sólo en el propio conjunto social, es decir, con los nuestros, sino respecto de los otros, es señal de que esa moral contiene trascendencia ética. Es patente que no sucede así en el primer mundo respecto del tercero y de los emigrantes tercermundistas que viven en su seno. La civilidad del primer mundo se da sólo entre ellos. Ellos son unos bár-

baros respecto de los demás. El primer mundo fomenta sistemáticamente la inhumanidad del tercer mundo, y en primer lugar de sus líderes, para servirse de ellos, para venderles sus productos. Existen minorías muy éticas en el primer mundo, pero las mayorías y sus líderes, tanto las corporaciones transnacionales como los Estados, desconocen al otro de modo aterrador. Sólo esta decisión antiética de excluir de su mundo de vida a los otros puede explicar la brecha creciente entre ricos y pobres. Ésta es la violencia institucionalizada de que habló Pablo VI. En este sentido, es verdad que el mundo desarrollado ha sembrado vientos y empieza a recoger tempestades. La diferencia de potencial entre ambos mundos es tan abismal que no es posible que no salte la chispa.

Actualmente el primer mundo vive como el bajo imperio romano: bajo la pesadilla de los bárbaros. Como para ellos es absoluto no bajar su nivel de vida, la vida de los demás queda relativizada, no reconocida. Para ellos los otros son una pesadilla. Se desearía vivir como si no existieran, aislarse de ellos. Por eso cierran las fronteras, destinan ingentes recursos materiales y humanos para impedir que entren o para expulsarlos si han entrado. Pero en el fondo se sabe que la contención sólo será provisional y que acabarán entrando. Esa posibilidad causa pavor. Tener que compartir con ellos lo logrado durante tantas generaciones resulta insoportable. Pero más lo es ponerse a pensar que con el tiempo, no tanto tiempo, el propio país de uno cambiará de fisonomía, porque los otros ya están en él y no se les puede negar el derecho de ciudadanía sin negarse ellos mismos. El que en USA los anglosajones se conviertan en la primera minoría, lleva a pensar qué será entonces USA. Prefieren no pensarlo. Pero lo mismo podemos decir, por ejemplo, de regio-

nes y ciudades de Alemania respecto de los turcos. Ya Berlín tiene una minoría turca significativa. ¿Hay capacidad para aceptar este hecho, incluso para resignarse a él? Hoy las buenas costumbres del mundo desarrollado coexisten con una resistencia instintiva a reconocer al otro, resistencia tan cerril que no acepta ser procesada y discernida.

Ética: orientación a la vida

El segundo elemento de la actitud ética es la orientación a la vida. Estar orientados a la vida, más por ejemplo que a la competencia y al consumo, es signo de trascendencia. Reconocerme como un viviente entre vivientes, de modo que viva y permita vivir y dé vida, es una actitud trascendente. Saberme puesto en la vida por otros vivientes y hacer que mi vida desemboque en otras vidas es una postura humana trascendente. De ella forman parte también el aceptarme y quererme como parte del conjunto humano de los vivientes. Y por eso, no querer acaparar la vida sino convivir de un modo abierto.

Es totalmente distinto vivir desde el individuo fragmentado y absolutizado, que hacerlo desde el tejido de la vida que siento latir en mí, pero también en otros. El grado máximo de la trascendencia en la vida es el empeño por vivir de tantos a quienes se les niegan las condiciones para hacerlo. Ese conato agónico por la vida, triunfando de la elementarización que tiende a convertirlos en bestias o en fieras o en arribistas sin alma o a echarse a morir, es la existencia ética por antonomasia.

En las condiciones en que estamos de falta de horizontes económicos y sociales, desmantelado el Estado y con una impunidad total, parecería lógico que fuéramos un país de lobos. Y a pesar de tantos crímenes, asaltos y

robos, a pesar de tanto individualismo insolidario, todavía prevalece la orientación a la vida.

Esa orientación a la vida no se da en el primer mundo. La muestra más clara es su infecundidad: es un signo característico de las civilizaciones refinadas y decadentes. Un componente es preferir el disfrute, el bienestar, el placer o el posicionamiento social, la lucha por la competencia y el estatus a dar lugar a otros. El otro es la angustia que causa la responsabilidad de tener que encargarse de una vida: es un signo patético de que en medio de tanta delicadeza de conciencia se ha perdido la confianza en la vida, la inmediatez respecto de la vida, el instinto de manejarla con naturalidad y solvencia, que poseen, sin embargo, tantas personas del tercer mundo.

Esta falta de orientación a la vida se ve también en la dificultad de procesar la muerte como un acontecimiento de la vida. El morir se invisibiliza socialmente. El tercer mundo, por el contrario, solemniza vitalmente la muerte y dispone de ritos untuosos de despedida que duran bastantes días.

Otras manifestaciones de la falta de orientación a la vida tienen que ver con la dificultad de estar y el sacrificio sistemático de esta dimensión en aras de la eficiencia, tanto de la producción como del consumo que va adquiriendo la misma compulsividad del trabajo. La gente del primer mundo se desvive. Y la deformación es tal que considera un dispendio la convivialidad de los pueblos del tercer mundo.

Pero la manifestación más acusada de la falta de orientación a la vida es la insensibilización respecto del estado de pobreza de la mayoría de la humanidad. Se sabe que mucha gente muere diariamente por hambre, por enfermedades de pobres, por falta de

salubridad ambiental y de servicios médicos, por falta de fuentes de trabajo, y se cierra el corazón a esta realidad. La privatización de los espacios públicos, la creación de comunidades exclusivas que tienen todo lo necesario para la vida de manera que sus miembros no tengan que ver a quienes no son como ellos es la máxima expresión de esta cerrazón vital. La respuesta de Caín a Dios "¿qué tengo yo que ver con mi hermano?" es la respuesta del primer mundo respecto del resto de la humanidad. ¿Hay violencia más masiva y desalmada que esta apatía, que esta falta de corazón de los que tienen cómo cambiar la situación, pero que no sienten ningún impulso a hacerlo?

Ética: capacidad de sacrificio

El tercer elemento de la actitud ética es la capacidad de sacrificarse por lo que está más allá de sí. Por ejemplo, por los hijos: Sacrifico años de trabajo y bienestar social para tener unos hijos. Ayudo a los que necesitan más que yo. Colaboro en el vecindario o en otros grupos y asociaciones. Apruebo que una parte sustantiva del presupuesto se dirija a la promoción de los desfavorecidos, pago mis impuestos, no busco sólo mi logro sino también el de otros, prefiero tratos simbióticos en los que todos salgamos ganando a que yo sólo gane y los demás pierdan...

El primer mundo tiene cerrada la puerta al sacrificio por otros. La autoexplotación a la que los individuos se someten para prevalecer en la lucha por la competencia es tan excesiva, que no quedan energías y menos aún disposición para dedicar a empresas altruistas. Si yo estoy gastando mis mejores energías, desoyendo a mi conciencia, marginando frecuentemente a mis amigos y hasta a la mujer y a los hijos por los nego-

cios ¿cómo voy a sacrificarme por otros seres humanos a los que no siento que me unen vínculos ni responsabilidades? El dinamismo de esta figura histórica sacrifica lo más humano de quienes la usufructúan. Estas personas que son conscientes de que han sacrificado al logro y al status lo mejor de sí ¿qué disposición pueden tener de sacrificarse por los demás? Si esta figura histórica basa su éxito en el sacrificio de los que la usufructúan y en sacrificar al resto de la humanidad para que se mantenga el bienestar ¿cómo va a haber lugar en ella para la entrega libre de sí para el bien común o para el desarrollo de los que están en desventaja?

Quiero volver a insistir en que las minorías del primer mundo sí reconocen al otro, se orientan a la vida y se sacrifican por otros seres humanos, son personas de gran calidad ética. Pero las mayorías y los líderes están dispuestos a sacrificar a todos con tal de que ellos puedan seguir viviendo en su paraíso excluyente, cultivando el árbol del conocimiento de la ciencia técnica y comiendo del árbol del placer y del poder más allá del bien y del mal.

Queremos confiar en que el atentado y la guerra subsiguiente puedan cambiar esta dirección excluyente. Esperamos que la guerra, pasadas estas primeras operaciones, dé paso a una labor de inteligencia mundializada para detectar, aislar y acabar con las redes terroristas, poniendo presos a sus integrantes; y sobre todo, que dé paso a una voluntad decidida de construir una autoridad mundial realmente pluralista que encamine al mundo en la dirección de un reconocimiento y de una colaboración en la que todos salgamos ganando. Decimos esto porque así como no desesperamos de nosotros mismos sino que seguimos confiando en que podemos cambiar en la dirección de una mayor

humanidad, también abrigamos esa confianza respecto de sectores cada vez más numerosos de los países desarrollados y de sus responsables.

PEDRO TRIGO, S.J
TEÓLOGO